

JAIME BARYLKO

Los hijos y los límites



EMECE EDITORES

DEL MISMO AUTOR
por nuestro sello editorial
EL MIEDO A LOS HIJOS
RELATOS PARA PADRES E HIJOS
ENVIDIA, SUEÑOS Y AMOR
SABIDURÍA DE LA VIDA
DAVID REY
CABALA DE LA LUZ

Digitalización y Corrección: Tav

Capítulo Uno

El camino demarcado

Viajo en plena noche y pienso...

Viajo en plena noche y pienso: los límites, los límites.

Viajo en auto, y debo dar una conferencia sobre ese tema en un country fuera de la capital. ¿Qué les digo cuando me pregunten? ¿De qué hablo?

La gente está angustiada y saturada de tanto análisis y de tantas frases complicadas que explican todo y que no resuelven nada.

Aprendimos a hablar y a pronunciar discursos sofisticados. Pero no se modifica la vida con discursos, ése es el problema.

La gente aprendió a cargar sus propias frustraciones sobre hombros ajenos, la culpa del otro, la sociedad de consumo, la televisión, los juegos electrónicos, el stress...

No va más. La vida es la que debe cambiar, y con urgencia. Queremos vivir mejor. Bienestar, sí, y lo otro, estar bien.

El auto, rauda, recorre la carretera negra. La noche es oscura, la carretera se proyecta hacia adelante, se pierde en el horizonte. Miro por el parabrisas y me pregunto cómo verá el conductor el camino.

Yo tengo la vista confusa, titilan las luces de los vehículos y es un mar de focos y sombras que me nublan la visión en vez de aclararla. Me pregunto si los años no estarán haciendo lo suyo y mis ojos ya no son lo que eran. El oculista, pienso, el oculista... Y me resigno, y me deprimó un poco por este deterioro que el devenir del tiempo va generando en los cuerpos.

De pronto, despierto. Sucede algo extraño, todo se ilumina, y me relajo. Ahora veo perfecto. No, no son los ojos. Algo ocurrió afuera.

"¿Qué ha sucedido?", me pregunto.

Es la misma ruta, el mismo asfalto, la misma noche, pero todo es diferente.

"¿Qué ha sucedido?", insisto en averiguar.

Descubro el gran acontecimiento que ha derramado un haz de visión noble y segura sobre mis ojos. El problema no estaba en mí, estaba en la ruta.

Ahora la ruta, la misma ruta, tiene rayas blancas a los costados, demarcatorias, y una línea segmentada en el medio. La ruta está demarcada. Está el adentro, está el afuera y está el medio. ¡Así da gusto!

También el cerebro se me enciende. Descubrí en qué consisten los límites.

"¡Eureka!", grito hacia adentro, en memoria del glorioso griego.

Las rayas que delimitan el camino

Sin esas rayas a los costados, sin esos límites señalados, la gran libertad del camino era un caos de ceguera y miedo, incertidumbre y vacilación.

Ahora es distinto. Faltaban esas rayas. Ahora están, y los límites, lejos de oprimir al viajante, lo liberan, lo protegen.

Llegué a la conferencia y supe de qué hablar.

¿En qué consisten los límites? En eso, en delimitaciones del camino, en cercos protectores, en marcos contenedores y referenciales.

No son un fin en sí, son un instrumento para realizar fines. Cuando ellos están uno puede actuar y elegir. Hasta, si quiere, puede salirse del camino. También para salirse hay que conocer los límites.

Eso: los límites son para que pueda haber libertad. Justamente lo contrario de lo que podría pensarse: no cercenan la libertad, la otorgan.

Las rayas no son el camino; el camino está entre ellas, y dentro de ese estar entre ellas tú puedes elegir el ritmo, el movimiento, el desplazamiento, la velocidad, el rumbo, el qué, el cuándo, el cómo, y si quieres dejas de moverte, te detienes, y todo lo que tu fecunda imaginación te proponga. Lo puedes realizar sabiendo qué va adentro y qué va afuera de esos límites, de esas rayas. Y eliges.

Esa es tu libertad, y la tienes porque tienes límites.

¡Su majestad, el niño!

El siglo XX se inauguró en calidad de "el siglo del niño".

En el pasado el valor era el anciano, la presencia de la tradición. La revolución de nuestro siglo colocó al niño en el centro de la nueva historia, que se presentaba como historia de lo nuevo.

Ya no es lo viejo lo que vale, sino lo nuevo; no es la conservación de las tradiciones lo que merece aplauso, sino el cambio, lo joven, que por el solo hecho de ser joven ya significa renovación, apertura hacia un futuro de progreso.

—¡Libertad! —se dijo.

Que su majestad el niño determine cuál ha de ser su rumbo, su destino.

—¡Libertad!— se clamó.

Entonces padres y maestros se corrieron a un costado para dejar pasar a su majestad el niño, el adolescente, el joven, el nuevo mundo y el mundo de lo nuevo.

Y más no hicimos que correrlos, creyendo que de esa manera les dábamos la tan preciada libertad.

También les dimos juguetes didácticos, y nos llenamos las bocas con teorías psicológicas, y creíamos que hablando de libertad, de autorrealización, de ser uno mismo, mágicamente el mundo se transformaría y su majestad el niño construiría su imperio de belleza, bondad, liberación, bajo la advocación de la imagen de la paloma de Picasso.

Nos corrimos a un costado, y dijimos:

—Contemplemos la maravillosa marcha de la historia de seres auténticos, ya no constreñidos por padres autoritarios y castradores.

De paso nos fuimos haciendo niños también nosotros, los padres.

En el culto a la juventud como único y divino tesoro, entendimos que solamente vale lo joven y que, por lo tanto, no podíamos quedarnos fuera de ese ideal superior. Sí, todos somos jóvenes, y el que no lo es debe serlo o aparentar serlo.

Usando jogging, zapatillas, gym, y bailando hasta el café con leche matutino, uno se hace joven. También haciéndose el dadivoso, el comprensivo, el permisivo, uno aleja el peligro de la vejez. Y sonriendo, sonriendo siempre para que Dios nos ame más y mejor.

Como si la vida sonriera.

¿Sonríe la vida?

¿Sonríen, realmente, nuestros hijos con tanto bullicio juvenil por doquier?

Todos somos jóvenes

Este fue y sigue siendo el siglo de los jóvenes. Otro tipo de ser no hay. Se es menos joven o más joven, o no se es.

Prohibido prohibir, se escribió en mayo de 1968 en París. No se escribió, pero se supo y se sabe: prohibido no ser joven. En el medio caminaba su majestad el niño. Ese niño, a decir verdad, no creció más feliz ni alcanzó las alturas de la libertad que para él soñamos.

Creció en el vacío, sin límites, sin fronteras, sin carteles orientadores, sin sustento, sin apoyo. En consecuencia no creció.

Quisimos ser modernos, terminamos siendo nadie. "Nadie" es un ser difuso, desprovisto de una línea que demarque su identidad.

Los límites, lo que todos hemos perdido —nuestros hijos porque no los conocieron, nosotros porque nos desprendimos de ellos—, los límites son las coordenadas de los valores, de las creencias, de los modales, de las maneras y —en fin— de las reglas de la existencia y de la coexistencia. De la identidad. Por ellos uno es o puede llegar a ser "alguien".

Vivir es vivir entre límites, en algún encuadre, entre horizontes. Dentro de ese espacio germina y se desarrolla la libertad.

Interpretamos mal: creíamos que la libertad se da. No es cierto: la libertad no se da, la libertad se toma, se arranca, se conquista, se logra, se esculpe, abatiendo esclavitudes, confrontándose con límites, aceptando unos, rechazando otros, pero usándolos como referentes en el camino.

Además la libertad es un medio, no un fin. Ahí la tienes, para hacer algo con ella, algo que tú elijas.

¿Y cómo se elige? Se elige entre opciones. Las opciones son los límites dentro de los cuales la libertad adquiere sentido, al rechazar unos y adoptar otros.

Es libre el que elige un proyecto de vida.

El primer límite

No hay hijos si los padres se borrarían.

Tampoco hay juventud si los mayores se disfrazan de menores y además de la apariencia exterior, de piel lisa, de músculos lozanos, de aerobismo diurno y nocturno en recintos de música heavy, además de todo eso se creen realmente idénticos a sus hijos.

Ese límite, el de la edad, es el primero a restaurar.

¿Quién se opone a la apariencia hermosa, fresca, juvenil, rozagante? ¿Tan lejos he de llegar yo arrastrado por mi envidia porque no hago fierros y permito que mi abdomen se relaje y que el entorno de los ojos se vuelva traidora señal del tiempo transcurrido?

¿Tan lejos he de llegar que me opondré al jogging redentor y al walkman estremecedor en plena rutina de cuerpos rutilantes a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta años, y de ahí a la eternidad en pos de una adolescencia que nunca se acaba?

No, no he de ser tan necio. La envidia, sí, me carcome. Pero debo controlarla. Me lo recomiendan en el diván y yo pago por esa recomendación. Debo respetarla.

En cambio digo que esos años que uno tiene, y que en la foto no se notan, están, y bien que están, y funcionan por dentro en arterias, cerebro, sensibilidad.

En consecuencia, hablemos claro: Somos, hijo mío, distintos y distantes en el tiempo, y ése es el primer límite de nuestra coexistencia, de tu educación, y no me digas que no te entiendo, porque la verdad es que tampoco me entiendes, y la otra verdad es que no tengo por qué imponerme un entendimiento que no me corresponde, y más aún: no estamos aquí para entendernos y no me aterra ni me

da culpa el no entenderte.

A usted, ¿quién lo entiende?

A mí, nadie me entiende. Lo confieso públicamente y con toda impudicia. Es que, pensándolo bien, ¿qué pretensión es esa de que el otro descifre dentro de ti eso que ni tú mismo alcanzas a captar?

Creo que no estamos para entendernos. ¿Quién inventó esa farsa del entendimiento como fundamento esencial de nuestras relaciones?

Ahora el mundo entero llora, porque nadie se entiende con nadie. La crisis es de entendimiento.

—No me entiende... —dice la esposa sobre el esposo.

Algo semejante confiesa él en la oficina:

—Lo que pasa es que ella no me entiende...

Y los hijos sobre sus padres:

—¿Quién entiende a los viejos?

Quizá desviamos el camino. No estamos para entendernos. Hay que desechar ese ideal, porque es falso, porque no es posible, porque entender es una práctica del intelecto referida hacia el mundo exterior, el de las cosas, el de la naturaleza, el de los astros, pero no es válida para el mundo humano.

Uno entiende o puede llegar a entender el funcionamiento de una máquina. La máquina, si está en buenas condiciones, funciona siempre igual. El hombre, si está en buenas condiciones, funciona siempre distinto. ¿Entenderlo? Imposible. Carece de manual de instrucciones.

El hombre es siempre algo que parece racional, pero que, como la luna, está lleno de fases oscuras, invisibles. Esta es nuestra condición, inentendible, es decir, imprevisible.

Tenía yo en Jerusalem un maestro de Cabala a quien un discípulo le preguntó si entendía los caminos de Dios. El maestro, anciano, pensativo, tartamudeando le respondió:

—Hace cincuenta años que vivo con mi esposa y aún no la conozco, ¿cómo pretendes que sepa algo de Dios?

Conocer, entender, son acciones relativas a cosas, a objetos, a aquello que nos es ajeno; los seres humanos no somos objetos, somos sujetos móviles, mudables, impredecibles. Misteriosos, en última instancia.

Por eso cabe decir:

—No viniste al mundo, hijo, para entenderme ni para que yo te entienda. No eres un objeto de estudio. Eres un sujeto viviente, creativo, lleno de potencias que ni tú ni yo conocemos a fondo. Pero estamos juntos para vivir y para ayudarnos recíprocamente a ser felices.

La felicidad no es entendimiento.

De la felicidad el entendimiento nada entiende. Pascal reflexionaba: "El corazón tiene razones que la razón desconoce".

Porque la felicidad, es privativa, de cada uno, intransferible —como fórmula, como receta— a otros.

Queremos amor, no entendimiento. Así de sencillo. A tal efecto, para amarnos, cada uno debe ser el que es, debe asumirse en su edad, en sus creencias, en sus ideas, en sus gustos, en sus vivencias.

—Para que seas tú mismo, hijo mío, debemos —tu mamá y yo— ser nosotros mismos.

Ahí está el límite, el gran límite primero. Un límite que nos separa y nos comunica a la vez.

De ahí se desprenderán todos los demás límites que son, desde "no metas las

manitos en el plato", hasta "no es esa la manera de comportarse con una novia".

Claro que todo comienza con el NO. No somos los mismos; no tenemos idénticos gustos ni preferencias; no es tu cuerpo el mío ni es tu sensibilidad la mía...

NO es el origen de la cultura, de cualquier sistema de convivencia humana. Tu diferencia con los demás te constituye en persona única e irremplazable; gracias a esa diferencia, te comunicas, te enriqueces, te enamoras.

Del NO brota el SÍ; a partir de ahí ejerces tu libertad creadora y conformadora de nuevas normas.

Los límites facilitan la con-vivencia

Los límites son reglas de convivencia.

A menudo los jóvenes dicen que les falta comunicación con los padres, y dicen bien. ¿Cómo se van a comunicar si nunca están debidamente juntos?

Debidamente quiere decir en horarios compartidos, en situaciones compartidas, en relaciones compartidas.

Comer juntos en torno a la mesa es un límite versus el comer cada uno cuando quiera y donde le dé la gana.

—Hijo mío, debes saberlo: los humanos inventaron los almuerzos y las cenas no para alimentarse e ingerir proteínas y calcio, sino para... estar juntos.

Estando juntos en una de éstas hablamos. Si hablamos, en una de éstas nos comunicamos. Incluso puede ser que discutamos. La discusión de un tema es sumamente comunicativa.

Por otra parte, si cuando descansamos tú pones Guns & Roses en tu walkman y yo prendo la televisión, se nos hará difícil no sólo disfrutar de lo que escuchamos, sino simplemente convivir.

Eso es lo que compartimos. No las ideas, que cada cual tiene la suya.

Pero para discutir las entre nosotros compartimos una serie de modales, y esos son los límites.

Vivir es vivir con otros. A tal efecto son indispensables los límites.

Al nene le dije, un domingo, entre raviol y raviol:

—Que pongas los pies sobre la mesa, hijo, no es malo ni es feo ni está prohibido por la ética, pero es la mesa en la que todos nosotros comemos, y conviene que la compartamos, porque más mesas no hay en casa. Entonces baja los piecitos, ¿sí?

Educar es señalar el camino. El resto, como decía Machado, se hace al andar.

—A nosotros, los padres, nos compete educarte. A ti te compete crecer. Quizás estés en disconformidad con tus padres. Pero estar disconforme es pensar, es plantearse una alternativa, y eso ayuda a crecer. Y cuando crezcas mucho, hijo mío, cuando alcances niveles superiores de conciencia y de saber, podrás incluso decidir si esos límites serán los tuyos, o si te propones rebelarte contra ellos y modificarlos. Rebelarse es oponerse a un sistema de límites, y elegir otro en su lugar.

Domus, en latín, significaba hogar, la vida compartida. Hogar es también del latín *fogar*, relativo al fuego. Ese fuego que se enciende en días fríos y alrededor del cual nos sentamos para compartirlo.

Saint-Exupéry, basándose en el vocablo latino *domus*, que significa hogar, dice que amar es domesticar.

Enseñanza del zorro al Principito

El Principito se encontró con el zorro y quiso jugar con él.

"—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado."

El Principito le preguntó qué era eso de estar domesticado.

"—Es una cosa demasiado olvidada —dijo el zorro—. Significa 'crear lazos'."

"—¿Crear lazos?"

"—Sí —dijo el zorro—. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo..."

Esta es la lección del zorro. Conviene revisarla, meditarla. Ser amigos es crear lazos. Lazo es lo que nos une. Lazo es una dependencia entre nosotros. A través de la convivencia uno se domestica, se hace cercano al otro, y de ese modo el otro se le vuelve necesario. Si no, el otro es uno entre millones. Para que sea algo relativo a mí, tiene que ser distinto, pero enlazado conmigo, y a través de ese lazo. Al casamiento, la sabiduría del lenguaje lo llama "enlace".

Escuchen al zorro:

"—Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de la madriguera, como una música."

Ser amigos es tener algo en común. Eso en común no es, imaginemos, tener los mismos gustos, amar la misma música, gustar de idénticos manjares. Eso es mera coincidencia.

Común es lo que construimos juntos, en nuestros lazos, en el mundo que no es ni mío ni tuyo sino de los dos. Eso me liga a ti, ese hacernos entre nosotros. Crecer juntos. Entonces uno no hace lo que mejor le parece, sino que limita ese egoísmo de "tengo ganas" y lo cambia por "lo mejor para ti y para mí, para nosotros".

Límites, limitarse dentro de los lazos y domesticarse unos con otros, si es que queremos querernos, claro está.

Claro que, sigue explicando el zorro, para domesticar, que es convivir, para conocer, es decir, hacer algo en conjunto, para ello se necesita tiempo.

"—Sólo se conocen las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada.

Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡domesticame!"

El Principito está ansioso por tener un amigo, por domesticar, domesticarse. Le pregunta al zorro cómo se hace.

El zorro le enseña:

"—Hay que ser muy paciente —respondió el zorro—. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca..."

No es hablando que se hacen amigos. Atiendan a la filosofía de la lengua: Se HACEN amigos...

No basta con sentir que me eres simpático. Debo hacerte, hacerme, debemos hacernos amigos. Es un trabajo, es un mundo que a medida que lo construimos lo compartimos, y eso nos comunica.

Es conviviendo. De lejos, y un poquito, cada vez más, de cerca. Mirándose. Haciéndose próximo el uno del otro para trazarse un lazo, una relación, una recíproca dependencia.

Elegir una novia, elegir un amigo, elegir tener hijos, es elegir un lazo, una dependencia.

El sentimiento es libre. El enamoramiento es libre. Nadie puede dictarte qué emoción ha de cursar tu pecho. Pero cuando lo pones en acción, cuando decides a

partir de ahí establecer una relación, eliges el lazo, el límite, la dependencia. Inviertes en ello tu libertad.

La libertad es para elegir, para invertirla en lazos.

Amor es disciplina

Sentir no requiere disciplina. Es un estallido.

—¡Me gusta!

—¡Me enloquece! Siento un calor en el cuello, en el cuerpo...

Espontaneidad. Una flor que se abre y te llena de su color, de su olor.

Luego, si quieres conservarla, si deseas hacer del sentimiento una propuesta de con-vivencia... aparece la disciplina.

El zorro propone la disciplina, que como la palabra discípulo, de la misma raíz, indica aprendizaje con otro.

Vivir es aprender a vivir... contigo. Requiere, por lo tanto, de disciplina.

El zorro le dice al Principito que, si ha de visitarlo...

"—Hubiese sido mejor venir a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres... Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Los ritos son necesarios."

La hora, el modo, el cómo, el cuándo. Estos son ritos. Sin ritos no hay lazos.

—Quizá no lo sepas, hijo mío, pero cuando beses a tu novia, cumplirás un rito. Algo que uno espera del otro.

Cómo hacer para que una rosa sea tu rosa

El Principito tiene una rosa en la mano.

Ahora se da cuenta de que esa rosa, que era como todas las rosas, no es como todas las rosas.

Porque esa rosa se acomodó a su mano, y su mano a esa rosa, y así es como se pertenecen recíprocamente. Se domesticó, se domesticaron el uno al otro.

Luego el zorro se despide y expresa:

"—Adiós. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos."

¿Y qué es lo esencial?

"—El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante."

La lección concluye con esta cima de la reflexión:

"Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa..."

Una relación es un lazo, es una dependencia. Un amor es una responsabilidad.

Y lo que crece entre nosotros, de ese modo, no es visible a los ojos; solamente el corazón lo percibe. Te amo porque eres tú, ese tú que se modeló en el nosotros, como este yo.

No es, el amor, ese chorro caliente de sentimiento que brota del alma. En todo caso esa efusión mística y cósmica del amor está dentro del lazo, expresada por él, manifestada en la conducta de responsabilidad recíproca por el hacernos recíprocos.

No eres mi hijo porque yo te haya procreado. Eres mi hijo porque luego de haber nacido te fui haciendo, me fuiste haciendo, nos hicimos en la relación padre-hijo, hijo-padre, nos en-lazamos.

Buber decía: "Cuando se sabe por qué se ama, es que ya no se ama". El

corazón no sabe; siente, vibra, porque está implicado en el corazón del otro a través de la vida con-vivi-da.

—La libertad, hijo mío, madura y produce el fruto de una elección. Elegir es responder por lo elegido.

Cuando libertad, elección, responsabilidad coinciden, se da eso que los poetas llaman felicidad.

El camino demarcado orienta tu libertad, no la doblega

La ruta delineada, demarcada, es un orden. El lazo, la relación, la más profunda, es un ordenamiento recíproco. Te espero, me llamas, nos encontramos. Nos vamos armando en nuestras propias e íntimas y privadas rutinas, es decir códigos rituales, para poder expresar justamente eso que es invisible a los ojos.

De la misma manera, la ruta no ha de ser ruta a menos que esté demarcada con rayas visibles a los costados, con señales, con carteles indicadores.

Todo ello te orienta, no te fuerza. Da lugar a la libertad. Luego eliges el objetivo, el camino dentro de la ruta, la velocidad, la música, el silencio.

Ni sabes qué elegirás, con precisión. Tienes una idea, una vaga idea, pero no puedes prever las ocurrencias, eso que le sale a uno al encuentro y lo desvía de la idea primigenia.

Es la aventura.

Esta es la realidad: aventura y orden, orden y aventura, que decía el poeta Apollinaire.

La aventura es lo creativo, lo impredecible, pero el orden la sostiene. La aventura es un cuadro de Dalí. No obstante, el genio tenía un orden, una disciplina, límites y reglas para pintar, y para desplegar, sobre ese sustento, su fantasía onírica y surrealista.

Sistema, poeta, sistema

Querer es una aventura, es tener miedo de perder, de ser perdido.

La aventura sucede aquí entre nosotros, en los pasos más cotidianos. No hay que ir a la selva ni internarse en territorios desconocidos. ¿Para qué? ¿Conoces algo más desconocido que yo, que yo y tú, que tú, yo, nuestros hijos? ¿Conoces una aventura mayor que un encuentro, aun con gente conocida, y en el cual, aparentemente, nada nuevo ha de suceder?

El orden es el de las normas, las fronteras, los límites; el orden es el sistema de las ideas y de las creencias en que una sociedad crece y sobre las cuales opera en cuanto a los fines de la existencia.

Ortega, no me canso de citarlo, enseñaba que no hay tela genial que no esté enmarcada. El marco no vale nada, pero sin él la tela no puede ser exhibida, disfrutada.

—Los límites, hijo mío, las normas de conducta, no son lo esencial, pero son aquello intrascendente, como el marco, que permite que lo esencial, tu creatividad, pueda patentizarse.

El orden es el modo, estilo, manera, costumbres, que manejaremos para concordar nuestro deseado encuentro —ir al cine, por ejemplo— y para conducirnos durante el encuentro. Luego, todo lo que suceda en el encuentro es aventura, espontaneidad pura. Aventura, gracias al orden.

Orden es a tal hora hay recreos en el colegio. Aventura, lo que suceda entre los niños durante el recreo.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

